

Iª Semana de la Familia

La sorprendente tarea de educar a los hijos¹

Dra. Julia Villa García

Centro de Orientación y Mediación Familiar

Universidad Pontificia de Salamanca

Hace unos años, una cadena de televisión nos ofrecía en su programación una serie que llevaba por título “*La familia Mata*”. En los primeros anuncios, el título podría dar lugar a equívocos. Desde luego, no era un título casual. “Mata” era el apellido, la seña de identidad de una familia, que bien podría encerrar un doble mensaje. Algunos sectores de la sociedad piensan –y así lo transmiten– que la familia impide que el individuo se realice, que es opresora, que quita libertad.

Sin embargo, la experiencia y la vida nos dicen que la mayoría de las personas encuentran en la familia un lugar de descanso y recuperación al que pueden acudir para quitar “pesos y cargas”, para tomar aliento y para recuperar vida. La familia no puede desaparecer nunca porque es el sostén de la sociedad y un colchón de primera calidad para los gobiernos de cualquier estado. La familia acoge al que no tiene dónde vivir, cuida al enfermo, da de comer a los que no tienen nada para llevarse a la boca, consuela a los tristes y es lugar de descanso y recuperación para todos sus miembros.

En esta familia que da vida, y en la que creemos, la pareja, primero, y el matrimonio, después, son el fundamento sobre el que se construye un proyecto de vida. El futuro como esposos y como padres

¹ Ponencia pronunciada el día 15 de mayo, en el Colegio María Auxiliadora, a las 6 de la tarde, en el marco de la I Semana de la Familia.

se juega en los primeros años de relación, en los que es necesario hablar mucho. Hay que hablar de los valores que tiene y defiende cada uno, de las creencias, de la fe o no fe, de si quieren tener hijos, de cómo los van a educar... De lo contrario, se puede llegar a ser padres creyendo que la educación de los hijos es sólo cuestión de sentido común. Y, aunque ese elemento sea imprescindible, es necesario completarlo con formación, información y entrenamiento. Los hijos siempre sorprenden y educarles es un deporte que requiere entrenamiento constante y fortaleza para no cansarse de “ensayar” nuevas técnicas.

Cuando se es hijo, se tiene la impresión de que la tarea de los padres es preparar a los hijos para afrontar la vida. Cuando se es padre uno acaba pensando que los hijos le enseñan a afrontar la vida sin estar preparado.²

1. Los hijos aprenden lo que viven

Educar a los hijos es una tarea difícil y fácil a la vez. Es difícil porque la persona es muy frágil: es observadora, tiende a reproducir conductas, necesita un ambiente cálido para desarrollarse, tiene sentimientos... Es difícil porque los hijos al nacer “no vienen con un manual de instrucciones bajo el brazo”, y puede resultar difícil porque educar es una tarea que exige al educador olvidarse de sí mismo y pensar en el educando, amoldarse a sus necesidades, estar en continua alerta, no dejar nunca de aprender.

Educar es fácil porque, en principio, bastaría con vivir cada día siendo coherentes. Los niños aprenden lo que viven. Y padres, hermanos, adultos, se convierten en espejo para los más pequeños. En ellos se miran y de ellos aprenden. Impresiona constatar cómo los hijos intuyen, perciben, asimilan y reproducen los comportamientos y actitudes de los padres.

Todos recuerdan el cartel de “los niños aprenden lo que viven”. La crítica enseña a condenar, la hostilidad enseña a pelear, la vergüenza enseña a sentirse culpable. La tolerancia, la valoración, el amor enseñan a ser acogedores, a quererse a uno mismo y a encontrar amor en el mundo.

La primera regla de un educador es la coherencia. No se puede decir a los hijos que no se grita, gritándoles. Salvo raras excepciones, aquello que defiendan y valoren los padres, aprenderán a quererlo y defenderlo los hijos.

² Esta reflexión está tomada de la película “No se aceptan devoluciones”, del director Eugenio Derbez, México 2013.

Un gesto o una palabra que se manifieste mientras se está viendo una noticia en la televisión, los mensajes más inocentes, los comentarios más espontáneos son transmisores de valores o antivalores. Los valores no se enseñan, se aprenden. Se aprende mientras se vive y viendo vivir. Se aprende tolerancia o intolerancia, se aprende generosidad o egoísmo, se aprende racismo o hermandad, se aprende el valor de la vida o la defensa de la muerte. Y, sobre todo, se aprende a convivir y a relacionarse.

El aprendizaje de los hijos suele ser rápido. Sólo hace falta que la enseñanza sea sistemática. Casi podríamos afirmar que aprenden por el sencillo mecanismo de estímulo-respuesta. Saben que si sus padres no se ponen de acuerdo, ellos ganan. La educación de los hijos es tarea de dos y exige un proyecto. Una vez iniciado habrá que modificar o cambiar estrategias, pero la exigencia de los educadores debe ser la misma y el acuerdo entre ellos ha de ser palpable. Sólo esto da seguridad a hijos y padres.

Es cierto que la sociedad y la familia han cambiado. Son necesarias nuevas formas de educar porque existen nuevas formas de vivir. El tópico al que recurren muchos padres “yo, en mis tiempos...” no vale. Los niños son menos sumisos y más inquietos porque tienen mil estímulos que les atraen; el mundo les entra por todos los sentidos. Es verdad, la vida en familia ha cambiado mucho, pero la esencia de la persona, la esencia de la educación siguen siendo las mismas: el amor a los hijos recogido en un proyecto firme llevado a la práctica por padres coherentes.

2. El difícil arte de educar en la diversidad

Amanda Céspedes (2009) afirma que en el campo de la educación de los hijos, no se puede olvidar que todo niño viene al mundo programado para la armonía y para la felicidad. Sin embargo, para alcanzar esos valores el menor necesita de adultos que le guíen y le eduquen emocionalmente. Desde los primeros años de vida, el ambiente y la educación pueden esculpir en el flamante sistema de la felicidad de un niño, un guión de fortaleza o un guión de debilidad para defenderse ante la vida y sus desafíos.

¿Dónde está, entonces, ese botón que hay que tocar para que los niños no se desprogramen, para que realmente vivan felices y en armonía, para que la agresividad no sea más fuerte que la serenidad y la concordia?

Posiblemente no haya una respuesta estándar ni una única herramienta, ni un único método que garantice el éxito de la educación. Siempre harán falta adaptaciones a la situación particular de cada niño y de cada familia. También es posible que aquellos métodos que

resultaron eficaces con un hijo, no resulten buenos para los otros. O, más complicado aún, que la estrategia que ayer resultó apropiada, hoy no sirva. La educación de los hijos es personalizada. Ellos son diferentes y los padres también se encuentran en momentos o etapas de la vida diferentes ante el nacimiento y acompañamiento de cada hijo porque la llegada de un hijo hace surgir una nueva familia.

La individualidad de cada hijo, convierte a los padres en artistas aventajados y expertos para trabajar con cualquier tipo de material. No es lo mismo trabajar con madera que con barro o mármol. Las herramientas han de ser diferentes y el cuidado también. Emilio Pinto (2007) al tratar el tema de la educación de los hijos recurre a la imagen de los pimientos de Padrón. Los pimientos de padrón, unos pican y otros no. Así son los hijos. Y eso no depende del nivel cultural o económico de la familia, ni del colegio al que vayan, ni del número de hermanos, ni siquiera de la autoridad del padre o de la madre.

En la educación, ¿qué influencia hay de la genética, cuánta del contexto social...? nadie lo sabe. Es cierto que los seres vivos dependen en gran medida del entorno en el que se desarrollan. Aun admitiendo la carga de determinismo genético o social que pueda darse en cada individuo, está demostrado que la educación es capaz de modificar actitudes, transmitir valores, sacar a la luz lo mejor de cada hijo u ofrecer estrategias de autocontrol, entre otras cosas.

“No todos los pimientos pican y si pican no lo hacen de la misma manera. Además, la reacción ante ese picor depende del picante que cada uno pueda soportar” (Pinto 2007:19). La metáfora de los pimientos nos ayuda a descubrir que los padres se enfrentan de distinta manera a la educación de cada hijo.

Además, el comportamiento de los hijos también se ve condicionado por el orden de nacimiento. Se conoce el síndrome del primogénito, es evidente el síndrome del segundogénito y, por último, y si cabe más complicado, el síndrome del “pequeño de la casa” y del hijo único. Por tanto, el afrontamiento de la tarea de educar a los hijos depende de muchos factores, el primero es que cada hijo es único e irreplicable y, el segundo, que los padres soportan y ejercen un distinto nivel de tolerancia ante la individualidad de cada hijo.

Esta metáfora de la diversidad nos evoca una parábola que habla de la tierra, la semilla y el sembrador (Mc 4,1-19). Educar es preparar el terreno para que sea fértil, es sembrar buenas semillas, es regar la tierra con paciencia, con esperanza, con amor. Los padres están representados en la figura del sembrador, los hijos son la tierra que hay que cuidar, alimentar, regar... la educación es la semilla...

Pero de igual modo que aludimos a la diversidad de los hijos, debemos tener en cuenta los diferentes modos de ser padres. No todos los padres entienden la educación de la misma manera, ni consideran los mismos valores. A unos padres les preocupan más las notas

que las faltas de respeto; a otros les molesta más que beban y fumen que la mentira; hay quienes ponen el acento en no permitir que salgan por la noche pero claudican ante cualquier capricho de los hijos.

Todo lo expuesto anteriormente nos confirma la necesidad de afrontar la educación de los hijos como un proceso continuado que exige un proyecto serio y coherente.

3. La familia no educa en solitario o ¿quién responde de la educación de nuestros hijos?

Hubo una vez un tiempo en el que la familia era la única educadora de los hijos. Vivían todos en el pueblo, habitaban en la misma casa, trabajaban todos las mismas tierras, no había televisión, ni internet, ni existían redes sociales impersonales, pero capaces de atrapar y controlar al individuo.

Más tarde, la familia se marchó a la ciudad, los padres trabajaban fuera de casa mientras el niño iba a la escuela. Existía la TV, incluso hubo casas en las que en cada habitación había una tele. Los educadores nos echábamos las manos a la cabeza por tal despropósito. ¡Una tele para que los niños la manejen a su antojo, para que la apaguen y la enciendan cuando quieran, para que vean cualquier programa sin la supervisión de los padres! Aquel miedo se nos antoja ahora ridículo ante la realidad actual. La televisión ha quedado trashed y, en su lugar, numerosos aparatos pueblan las habitaciones de los niños y adolescentes y ocupan todo su tiempo, el que deberían dedicar al ocio y a relacionarse con sus iguales y el que deberían ocupar estudiando. El mundo entero les entra por numerosas ventanas y a una velocidad pasmosa.

Un periódico digital informaba del estudio que se ha hecho en Valencia sobre redes sociales y salud mental de los adolescentes. Según este estudio, “el 80% de los jóvenes de entre 11 y 18 años tiene perfil en alguna red social. El uso de teléfonos móviles con acceso a Internet va en aumento y se estima que cerca del 98% de los jóvenes de 15 a 18 años accede a las redes sociales a través de estos dispositivos. Cerca del 70% de los niños tiene su primer teléfono móvil a los 11 años”.³

Es evidente que no podemos cerrar los ojos a la realidad ni vivir al margen de la sociedad y de los avances de la técnica y de la ciencia. Pero ante esta situación ¿quién responde de la educación de nuestros hijos? Realmente, la velocidad de los cambios es vertiginosa

³ En: <http://www.levante-emv.com/castello/2014/05/01/estudio-alerta-posibles-patologias-mentales/1106445.html> (5.5.2014).

y la amplitud y variedad de escenarios en los que pueden moverse los niños y adolescentes hoy es incalculable.

No se puede negar la evidencia, estamos inmersos en la era digital, somos sus constructores y hemos de ser conscientes de que esta revolución posiblemente sea mayor que la revolución industrial. Los padres pueden negarse a entrar en esta dinámica de la tecnología, pero los hijos nacen inmersos en ella. Por lo tanto, sólo queda una opción: educarse para educar. La educación digital y tecnológica de los hijos no es otra cosa que ayudarles a usar la tecnología responsablemente, a no ser esclavos de ella, a saber dejarla en un segundo lugar cuando hay que desempeñar otras tareas.

A pesar de los cambios sociales y tecnológicos, la familia sigue siendo la cuna que acoge y sostiene a los niños que nacen. Sigue siendo la familia la primera institución educadora, aunque no la única. Y es en la familia donde todos –también las nuevas generaciones– nos sentimos acogidos, confiados; donde podemos descansar y donde acudimos cuando necesitamos una buena dosis de fortaleza y ánimo para vivir.

En la familia se ponen las bases de una buena educación ¿Qué se les pide, pues a los padres?

3.1. Tener las ideas claras o educar desde el encuentro

El proceso educativo se apoya en los encuentros que van modelando a la persona: encuentro consigo mismo, con los otros, con la cultura y con la trascendencia.

En el encuentro consigo mismo, el niño aprende a conocer sus reacciones, sus habilidades, sus valores, sus capacidades, sus límites y sus errores. Este encuentro puede desarrollar una autoestima positiva o un sentimiento de inferioridad y fracaso. De los padres depende, en parte, que el encuentro del hijo consigo mismo le ayude a conocerse.

En el encuentro con los otros, el niño aprende a ser tolerante, a relacionarse, a ser generoso, a desarrollar habilidades sociales.

En el encuentro con la cultura, el niño desarrolla el sentido de pertenencia, se siente miembro de una comunidad y protagonista de una historia.

¿Y en el encuentro con la trascendencia? Esta es la asignatura pendiente de muchas familias. Sin este encuentro, la persona queda incompleta. Es necesario formar y educar la relación y el encuentro con el absoluto, con Dios. Sobre todo para aprender que no todo se acaba en este mundo, que no solo vale el momento que estoy viviendo, que Alguien más grande que yo me sostiene, me regala la vida

cada día, me quiere, me protege, me acompaña siempre. Pero... ¡No está de moda creer! Dios no tiene cabida en nuestros hogares. Los jóvenes no se sienten cómodos con la fe ¡y se entiende! Entre los jóvenes no se lleva confesar la fe, ni acudir a las celebraciones, ni recibir los sacramentos. Pero ¿y entre los mayores? ¿Acaso los padres de estos jóvenes y de estos niños van a la Iglesia, hablan de Dios, acuden a él, rezan...? ¿No estaremos inmersos en una cultura de consumo de sacramentos sin implicación personal, sin vivencia de la fe? Esta pregunta no pretende incitar a eliminar los pocos sacramentos que se celebran, sino que es una invitación a considerar la necesidad de hacer un sitio a Dios en nuestros hogares y la urgencia de volver a celebrar nuestra fe en particular y en familia.

El Papa Francisco, en la exhortación *La alegría del evangelio* dice:

“No es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo” (EG 266).

La familia es ese espacio primero y privilegiado, en el que la persona aprende que no es lo mismo vivir con Dios que sin él. Es el espacio primero en el que puede darse el encuentro con la trascendencia.

La familia es la primera comunidad educadora. La educación en la familia se entiende como acompañamiento y orientación para hacer posible un estilo de vida en consonancia con los valores de la convivencia y la tolerancia⁴. Tal acompañamiento se sitúa en un clima de relaciones interpersonales que aumentan los lazos de afecto y facilitan la decisión de compartir valores, creencias y una ética de la vida en común. En el día a día, la familia es educadora sin quererlo, sin pretenderlo, solo con vivir y relacionarse, porque educa con su ser y con su hacer.

Estas dos dimensiones –ser y hacer– no están fuera del tiempo y del espacio. En la educación familiar importan tanto los contenidos como el modo en que se transmiten. Lo que se hace y cómo se hace configuran un modelo educativo familiar. Y este modelo educativo familiar Adelina Gimeno (1999:207) lo define como “el conjunto de

⁴ DIONIGI TETTAMANZI (2002), *Famiglia, dove sei?. Le povertà d'oggi sfidano la famiglia e la comunità cristiana*, Portalupi, Casale Monferrato, 129ss; José-Román Flecha (2003), *La transmisión de valores en familia en una sociedad multicultural*, en Dionisio Borobio (coord.), *Familia e interculturalidad*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 115-127.

creencias, valores, mitos y metas que fundamentan la educación de los hijos y que se manifiestan en unas normas, estilos de comunicación, estrategias y pautas de conducta que regulan la interacción de los padres con sus hijos”.

3.2. Definir límites y normas

Una vez que los padres tienen claro cómo y en qué quieren educar a sus hijos, comienza la segunda tarea: definir límites y normas. En la educación de los hijos las normas son necesarias desde que son muy pequeños. Las normas dan seguridad a todos, a los niños y a los adultos. Saber lo que se tiene que hacer en cada momento da seguridad y pone orden en nuestra vida. El niño debe saber que hay una hora para levantarse, para ir al colegio, para comer, para jugar, para irse a la cama. La vida es una sucesión de actos y de tareas que requieren seriedad y puntualidad. Normas claras, límites bien definidos, y consecuencias también claras. Las consecuencias del incumplimiento de las normas deben ser asumidas por todos. Y no hace falta hablar de castigos. Nadie castiga, uno mismo sufre las consecuencias de no haber cumplido una norma. Y uno mismo elige lo que va a hacer para compensar esa falta. Esa compensación debe ser cercana en el tiempo y de corta duración. Y, sobre todo, debe cumplirse. Una buena educación no pone el énfasis en los castigos, sino que insiste en la formación temprana y sistemática de hábitos a través de la implantación de normas y límites como recursos de socialización y educación emocional.

El niño puede empezar a controlar su temperamento, controlando las primeras rabietas y pataletas. Esto le ayudará a reducir la ansiedad, la rabia o el miedo cuando tenga dos o tres años. A partir de los seis años es la edad ideal para trabajar límites. Los límites son reglas flexibles: esto se puede hacer y esto no. Por ejemplo: pactar la hora de irse a la cama, de llegada a casa, el tiempo de utilizar la tablet, el uso del teléfono móvil. Las normas y los límites cuando se internalizan se convierten en estilos de vida, en principios éticos. Regulan la vida de cada día y evitan conflictos.

Cuando las normas se establecen por amor y con amor, la tarea de educar es más gratificante y produce mejores resultados. Amar es esperar pacientemente un día entero a que el adolescente arregle su habitación cuando su madre lo haría en media hora. Está demostrado que adquirir hábitos sanos en edad temprana es el secreto para que los adolescentes tomen decisiones responsables.

La ecuanimidad de los padres y un ambiente emocional seguro contribuyen al cumplimiento de las normas y a la adquisición de hábitos. Si los adultos son personas equilibradas y ecuanímenes, facilitarán la tranquilidad y seguridad del niño. Por el contrario, si los adultos

manifiestan inseguridad emocional, el niño no sabrá a qué atenerse porque todo va a depender del estado de ánimo del adulto. Las discusiones de los padres producen miedo e inseguridad y ansiedad en los hijos, pero también son una puerta abierta para que estos hagan lo que quieran sin atenerse a normas, sin obedecer.

3.3. Controlar a los educadores virtuales

Es cierto que la educación de los hijos se ve amenazada por los educadores virtuales. Hubo un tiempo en que bastaba preguntar cuántos adultos había en casa para saber los educadores que tenía el niño y con cuántos interactuaba emocionalmente. Hoy, es imposible cuantificar el número de adultos encargados de la educación emocional de los niños en el hogar. Estos adultos llegan a través de los medios de comunicación y entretenimiento y, en ocasiones, suelen ejercer influencias mucho más decisivas como educadores que los propios padres.

Personajes de programas infantiles, superhéroes de videojuegos... se turnan cada día para conducir el desarrollo emocional de los niños, en especial su capacidad reflexiva y las estrategias para la resolución de conflictos. Estos personajes enseñan a los niños un afrontamiento del conflicto elemental y erróneo, centrado en la descalificación, la violencia verbal y la agresión física. Privilegian la acción sobre la reflexión porque muchos de esos juegos están llenos de escenas violentas y, con frecuencia, ganar o perder depende del grado de violencia y destrucción, cuantos más personas se maten más puntos se obtienen, por ejemplo. Si los niños están solos frente a las pantallas, estas cumplen el papel de ser compañía infantil, cuando los adultos están ausentes.

Frente a esta realidad, está demostrado que, por el contrario, los niños que comparten cada día actividades con sus padres, reducen de forma drástica las horas de exposición a la televisión y a los videojuegos. Por lo mismo, reducir el tiempo de conexión de los niños a las redes sociales depende estrictamente de la cantidad y la calidad de las alternativas de esparcimiento que se les ofrece.

Sorprende conocer a adolescentes y niños que consideran la televisión, el ordenador y los aparatos electrónicos como los únicos recursos válidos para evadirse del peso de los deberes o para rellenar un tiempo libre excesivamente largo y aburrido. Como consecuencia, estas distracciones conllevan también aislamiento y deterioro de las habilidades sociales. No es difícil encontrar adolescentes que con diecisiete años no salen de casa, no tienen amigos, son incapaces de ir a comprar el pan, de saludar a los vecinos. Se niegan a establecer relaciones con los demás, a colaborar en las tareas de casa o a estudiar. Entonces ¿qué hacen? ¿Sólo interactúan con las máquinas?

4. La necesidad de equilibrio emocional

Ser familia conlleva unos elementos esenciales que son los vínculos afectivos. El apego entre sus miembros, la alianza y la intimidad entre la pareja y en relación a los hijos, son determinantes a la hora de crear un clima educativo-familiar.

Es decir si el apego entre la pareja es descontrolado, si unas veces se apoyan y otras se pelean, discuten y se contradicen... ¿qué pueden aprender los hijos?

Cuando hablamos de apego nos referimos a una relación afectiva íntima, al vínculo emocional que establecen los hijos con los padres, y los padres entre sí. La calidad de los vínculos afectivos está relacionada con un estilo educativo cálido y con una vida familiar satisfactoria. Así mismo, genera seguridad y capacidad de autonomía en los miembros de la familia.

Cuando el apego es ansioso, los estilos educativos son incoherentes y sobreprotectores. Este tipo de apego repercute en el nivel de independencia del niño. Unos padres ansiosos hacen que los hijos no sean autónomos ni libres, que sean incapaces de decidir por sí mismos. Estos hijos se muestran excesivamente dependientes porque se saben controlados continuamente por el padre o la madre.

Si en la familia existe dificultad para expresar el afecto, las relaciones educativas son frías. Los hijos no aprenden ternura, ni entrega, ni modos de expresar los sentimientos.

Por último, cuando el apego es descontrolado pueden surgir diferentes formas de maltrato físico o emocional. No saber cómo van a reaccionar los padres provoca temor en los hijos porque las manifestaciones de aceptación o rechazo dependerán siempre del estado anímico de los padres.

La función de estos vínculos afectivos es doble: por una parte, asegura la **supervivencia** de los miembros y, por otra, **proporciona seguridad emocional**. Y lo que genera seguridad emocional en el individuo es saberse querido, saber que es importante para alguien, que hay quienes confían en él.

Supervivencia y seguridad, son dos elementos imprescindibles para el proceso de desarrollo físico, emocional y cognitivo de los hijos, porque, según expresa Félix López (2001:118), “la familia continúa siendo –y así será siempre– el sistema básico desde el punto de vista emocional y social, porque el ser humano necesita resolver sus necesidades de seguridad emocional, de contacto y de vinculación”.

Esta seguridad se deteriora o se pierde cuando hay separación o divorcio. Las rupturas matrimoniales son cada vez más frecuentes. Esto debe ser una alerta para padres y educadores. Los niños y adolescentes que están pasando por esta situación, necesitan una

atención especial. Lo que daba seguridad a su vida se rompe, aparecen los miedos, se tambalean sus cimientos y la tristeza es tan profunda que, a veces, no saben manifestarla.

Todo lo expuesto anteriormente nos lleva a afirmar que la educación familiar es responsable, sobre todo, de la educación de los sentimientos que abarcan los ámbitos más delicados de la formación del niño: educación de las relaciones humanas, educación religiosa, educación sexual, educación estética, educación moral y educación de la sensibilidad. Si la familia falla en estas tareas, es dudoso que alguien más pueda sustituirla. También compete a los padres educar la voluntad de sus hijos, la capacidad de esfuerzo, de entrega y de sacrificio, el espíritu de cooperación y la capacidad para el amor.

5. La educación como quehacer constante

Tanto los padres como los hijos son personas en desarrollo, cambiantes. Por eso como sostiene Renata Viganò (1997:11), la familia ocupa una posición esencial en la educación de la persona, precisamente porque la acompaña en su desarrollo desde el nacimiento hasta sus últimos días. Se trata, según Octavi Fullat (1989:71), de “la acción que las generaciones adultas ejercen encima de las nuevas”.

Jacques Delors (1996), en el informe sobre Educación que presentó en la UNESCO insiste en la necesidad de educar durante toda la vida haciendo hincapié en lo que él considera los cuatro pilares de la educación: Aprender, aprender a hacer, aprender a ser y aprender a vivir juntos. Por el mismo orden, estos aprendizajes exigen unas enseñanzas por parte de los educadores. Para aprender es necesario el hábito de estudio y la capacidad de esfuerzo constante, Para que los hijos aprendan a hacer, los educadores deben enseñarles estrategias y habilidades, que se traduce en no darles las cosas resueltas, en enseñarles a pensar y a buscar soluciones a los problemas. Para aprender a ser, necesitan unos valores y unas actitudes determinadas; y los educadores sabemos que los valores no se enseñan, se aprenden al verlos vivir. Por último, para aprender a vivir juntos, necesitan maestros en el arte de las relaciones humanas y las habilidades sociales, vivir es saber estar y saber desenvolverse en cualquier situación o contexto.

Por tanto, la educación familiar, así entendida, constituye un proceso continuado, sin descanso ni vacaciones que tiene como único fin hacer posible el desarrollo personal y social de los hijos. La familia es, pues, el ámbito de educación permanente por excelencia, en donde no existen límites de edad ni de condición y en el que los educadores se enfrentan a múltiples y variadas tareas.

Trabajar en el afianzamiento de esos cuatro pilares de la educación debería dar como resultado personas bien formadas, bien educadas. Para muchos padres y madres, este tipo de personas poseen unos rasgos concretos, que son los siguientes: fuerza de voluntad; tesón y perseverancia –no ser voluble-; saber posponer las gratificaciones inmediatas –tener espíritu de sacrificio-; asumir las consecuencias de las propias acciones –responsabilizarse-; tener capacidad para el compromiso; ser capaz de evaluar la propia conducta con objetividad; no desanimarse ante las dificultades –tener coraje-; ser honesta, sabe detectar los errores y actuar en consecuencia; ser capaz de relacionarse.

6. Estilos de control

En el segundo punto afirmábamos que así como los hijos son diferentes, también entre los padres hay múltiples formas de afrontar la educación de los hijos. Notamos a nuestro alrededor que cada familia tiene su propio estilo educativo. Este estilo surge al combinar dos dimensiones básicas: La primera, la aceptación, el amor hacia los hijos y la percepción de sus necesidades; la segunda tiene que ver con la disciplina y el control que ejercen los padres sobre los hijos⁵. De la combinación de esas dos dimensiones, dependerá la forma de ser padre o madre y de situarse ante los hijos.

En un *estilo democrático*, los padres establecen normas, respetan la individualidad, negocian y toman decisiones conjuntas. Promueven el comportamiento positivo de los hijos. Controlan y guían el cumplimiento de las normas. En la familia predomina un alto grado de comunicación y diálogo⁶. Se trata, pues, de un estilo positivo o inductivo.

El *estilo autoritario* se caracteriza por el control severo de los hijos. Los castigos, las prohibiciones y las amenazas son frecuentes. Los padres no tienen en cuenta los intereses u opiniones de los hijos ni sus necesidades educativas. Este estilo es semejante a la estrategia de afirmación de poder. En él se valora, sobre todo, la obediencia y se considera necesario limitar la autonomía de los hijos⁷. Este es un estilo negativo y coercitivo.

⁵ JESÚS PALACIOS, M^a VICTORIA HIDALGO y M^a DEL CARMEN MORENO (2001), Familia y vida cotidiana, en M^a José Rodrigo y Jesús Palacios, o.c., 71-89.

⁶ También se encuentra información acerca de este asunto en ESPERANZA CEBALLOS y M^a JOSÉ RODRIGO (2001), *Las metas y estrategias de socialización entre padres e hijos*, en o.c., 228-231.

⁷ GONZALO MUSITU y M^a JESÚS CAVA (2001), o.c., 123-124.

El *estilo permisivo*, está representado por los padres que se muestran tolerantes y aceptan positivamente los impulsos de los hijos. No ejercen ningún control sobre ellos y permiten que los hijos se autorregulen. Es un estilo indiferente en el que a los hijos les cuesta trabajo descubrir el interés y el amor de sus padres hacia ellos.

En cualquier caso, es difícil encontrar un estilo educativo puro. Se mezclan las formas dependiendo de las circunstancias o del grado de indefensión de los padres que –cuando no saben cómo actuar– prueban todas las formas posibles. Lo cierto es que las estrategias educativas utilizadas por los padres deben ser adecuadas a las necesidades de los hijos en cada momento de su desarrollo, a su estilo de comportamiento y a la situación en que se encuentren. En ningún caso deben ser fruto del cansancio, del no saber qué hacer, de la agresividad o del impulso.

Sabemos con certeza que los hijos adolescentes necesitan y piden que sus padres no sean tan permisivos, quieren que les controlen, pero con diálogo y negociación. Y quizá sea esto lo que falta en muchos casos.

Estos estilos educativos tienen sus aspectos positivos y negativos, posiblemente el arte esté es saber combinar el propio estilo educativo con algunos rasgos de los otros estilos dependiendo de lo que aconsejen las circunstancias y las características de los hijos. Con todo, es necesario saber que la incoherencia, los desacuerdos y desautorizaciones entre los padres son más perjudiciales que un estilo educativo rígido.

Conclusiones

Después de lo que hemos tratado hasta aquí, podemos afirmar que la familia es la primera escuela de vida. La familia no puede morir nunca. En cada uno de nosotros vive nuestra familia. Así cada generación recuerda a la anterior, repetimos gestos, recordamos hechos, revivimos momentos. Pasamos costumbres y dichos de padres a hijos.

Julián Marías (1980) afirmaba que el hecho de que los padres cuenten anécdotas de su infancia a los hijos responde a la necesidad de introducir a los nuevos miembros en la historia de la familia, a modo de continuidad narrativa. Estos momentos narrativos también educan, surgen cuando padres e hijos se encuentran en un ambiente confiado y producen en el narrador y en los oyentes un efecto reconfortante. Todos recordamos con gozo los momentos en que nuestros padres nos contaban lo que ellos habían vivido y las veces que les pedíamos que volvieran a narrar sus historias.

Francisco Umbral (1975:144), reconoce la influencia que tiene la filialidad en la paternidad. Él mismo, como padre, repetía con el hijo los gestos que hacía su madre con él por el deseo de perpetuarla y de mantenerla viva en ellos:

“Le corto las uñas al niño (...) cuando lo hago despierta mi madre en mí. Hay actos, conjuros, ritos pequeños y secretos que pueden resucitar a un muerto, hacerle vivir dentro de nosotros. (...) Mi madre en mí hace las uñas a su hijo, que es el mío. Como yo ya no soy yo, que soy ella, mi hijo es ya el suyo, directamente, desaparecido yo. Soy enlace, así, entre dos seres que no se encontraron nunca”.

Ante una sociedad despersonalizada, los vínculos y las experiencias familiares ayudan a los hijos a desarrollar el sentido de pertenencia y su propia identidad. Un ambiente familiar sereno, confortante, comunicativo, en el que los roles y los valores estén bien definidos es garantía de felicidad para los hijos.

Para terminar, un texto –siempre actual– que recoge el deber de los padres a educadores a sus hijos y que el Papa Juan Pablo II recordó en su primer viaje a España, en el discurso a los padres y madres de familia reunidos en la Plaza de Lima, en Madrid (2.XI.1982):

Padres, vosotros sois los primeros educadores de vuestros hijos. Este deber de la educación familiar es de tanta trascendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse. Es, pues, obligación de los padres formar un ambiente familiar animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, de las que todas las sociedades necesitan. Es un deber-derecho primario que tenéis en comparación con la incumbencia educativa de otros; es un deber-derecho insustituible e inalienable, esto es, que no puede delegarse totalmente en otros ni otros pueden usurparlo⁸.

Ninguna institución puede suplir a la familia en su tarea educadora. Ella es el cauce más profundo y el primero de transmisión cultural. Es el espacio por excelencia de construcción de la identidad personal.

Bibliografía

BARRUTIA, A. (2009). *Inteligencia emocional en la familia. Herramientas para resolver conflictos en el ámbito familiar*. Córdoba: Toromítico.

⁸ JUAN PABLO II (1983), *Juan Pablo II en España. Texto íntegro de los discursos*, Madrid, 71. Declaración *Gravissimum Educationis*, 3.

- CÉSPEDES, A. (2009). *Educación de las emociones. Educación para la vida*. Santiago de Chile: Vergara.
- DELORS, J. et al. (1996). *La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre educación para el siglo XXI, presidida por Jacques Delors*. Madrid: Santillana, Ediciones UNESCO.
- FULLAT, O. (1989). Educación. En: VV.AA. *Filosofía de la educación hoy. Conceptos, autores, temas*, Madrid: Dykinson, pp. 69-90.
- GALLEGO, M.J. (2006). *Educación de los hijos con inteligencia emocional*. Madrid: PPC.
- GIMENO, A. (1999). *La familia: el desafío de la diversidad*. Barcelona: Ariel.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, F. (2001). Evolución de los vínculos de apego en las relaciones familiares, en Rodrigo, M.J. y Palacios, J. (coords.), *Familia y desarrollo humano*. Madrid: Alianza Editorial, 117-139.
- MARÍAS et al. (1980). *Relación familiar padres e hijos*. Madrid: Karpós.
- MUSITU, G. - CAVA, M.J. (2001), *La familia y la educación*, Octaedro, Barcelona.
- PINTO, E. (2007). *La educación de los hijos como los pimientos de Padrón*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- PAPA FRANCISCO. *Evangelii Gaudium*. Exhortación Apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual. (24 noviembre 2013).
- VIGANÒ, R. (1997). *Ricerca educativa e pedagogia della famiglia*. Brescia: La Scuola.

